

11/06/2008

C.I. 1179709

JSR

Seminario Multidisciplinario
José Emilia González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

LISÍSTRATA

(Sola.) ¡Ah! si se las hubiese citado a una fiesta de Baco, o de Pan, o de Venus Colíade, o Genetílde (1), la multitud de tambores no permitiría transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena tu frente, hija mía; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

(1) Las divinidades citadas por Lisístrata eran todas favorables a la crápula y la disolución. Para explicar el sobrenombre de Colíade, dado a Venus, el escoliasta cuenta la siguiente tradición: unos bandidos se apoderaron de un joven ateniense y le ataron todos los miembros, pero le libertó la hija del capitán de la banda. En recuerdo de esta prueba de amor, el joven edificó un templo y lo dedicó a Venus, que se llamó Colíade, del nombre de los miembros desatados. Sobre la advocación de Genetílde, véase *Las nubes*.

CALÓNICE

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA

Y cuando se las dice que acudan a este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido, otra despierta a su esclavo, otra acuesta a su hijo, aquélla le lava o le da de comer.

LISÍSTRATA

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA

Es grande.

CALÓNICE

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA

Es gruesa.

CALÓNICE

Pues ¿cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA

No es lo que te figuras; pues, de serlo, ni una hubiera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE

Precisamente habrá de ser muy sutil para darle vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA

Tan sutil, que la salvación de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA

En nosotras está, o el salvar la república, o el destruir completamente a los peloponesios...

CALÓNICE

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA

Y aniquilar a todos los beocios.

CALÓNICE

A todos, no; perdona siquiera a las anguilas (2).

LISÍSTRATA

A Atenas no la desearé semejante cosa, pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar a Grecia.

CALÓNICE

Pero ¿acaso las mujeres pueden llevar a cabo empresa alguna ilustre y sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas (3), y calzadas con elegantes peribárides (4).

LISÍSTRATA

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas

(2) Ya hemos visto lo estimadas que eran las del lago Copais.

(3) Especie de túnica que no se sujetaba con ceñidor.

(4) Especie de calzado.

de salvación: en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE

¿Cómo?

LISÍSTRATA

De suerte que ninguno de los hombres de hoy día levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA

Ni embrazará el escudo...

CALÓNICE

Me pondré una cimberica.

LISÍSTRATA

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA

Pero ¿no debían ya estar aquí todas las mujeres?

CALÓNICE

Volando debían de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA

¡Ay, amiga mía! Has de ver que llegan demasiado tarde como verdaderas atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE

Pues de ésas ya sé que se han embarcado muy de madrugada (5).

LISÍSTRATA

Tampoco vienen las acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarían aquí las primeras (6).

CALÓNICE

Pues la mujer de Teógenes (7), sin duda, pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas, y otras, y otras. ¡Toma, toma! ¿De dónde son?

LISÍSTRATA

De Anagiro (8).

CALÓNICE

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

MÍRRINA

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿Por qué no respondes?

LISÍSTRATA

No he de elogiar, Mírrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MÍRRINA

¡Si me vi y me deseé para hallar mi ceñidor a oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

(5) Para pasar de Salamina al Ática, de la cual estaba separada por un canal de poca anchura. Hay en el texto uno de los equívocos indecentes de que está plagada la comedia.

(6) Sin duda, porque habiendo sido su país muy castigado por la guerra, debían de ser más solícitas en procurarse la paz.

(7) Teógenes era un hombre rico y supersticioso, que no emprendía nada sin consultar a una estatua de Hécate, diosa, según la creencia vulgar, de los honores y la buena fortuna. Su mujer era natural que siguiere sus prácticas.

(8) Aldea del Ática.

LISÍSTRATA

No; esperemos un poco a que lleguen las mujeres beocias y peloponesias.

MÍRRINA

Tienes razón: mira, ahí viene Lámpito.

LISÍSTRATA

Salud, Lámpito, mi querida lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! Podrías estrangular un toro.

LÁMPITO (9).

Ya lo creo, por los Dióscuros (10); como que hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas (11).

LISÍSTRATA

¡Oh, qué turgente seno!

LÁMPITO

Me estáis tanteando como a las víctimas (12).

LISÍSTRATA

¿De dónde es esa otra joven?

LÁMPITO

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

(9) Lámpito era hija de Leotíquides, mujer de Arquidamo y madre de Agis, los tres reyes de Lacedemonia.

(10) Juramento ordinario de los espartanos. Todo lo que dicen Lámpito y las demás lacedemonias está en dialecto dórico.

(11) En una especie de danza llamada bibasis. Alusión a los ejercicios gimnásticos que los jóvenes de ambos sexos hacían en Esparta.

(12) Para ver si están gordas.

LISÍSTRATA

¡Por Júpiter, mi querida Beocia! Pareces un florido jardín.

CALÓNICE

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo (13).

LISÍSTRATA

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto (14).

LISÍSTRATA

Comprendo: será buena como todas las de allí.

LÁMPITO

Pero ¿quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA

Yo misma.

LÁMPITO

Pues dinos lo que deseas.

LISÍSTRATA

Sí, por cierto, queridísima amiga.

MÍRRINA

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA

Voy a decíroslo; pero antes permitidme una sola pregunta.

(13) El poleo crecía espontáneamente y con mucha abundancia en Beocia. La frase alude a una costumbre del tocador griego.

(14) Célebre por sus muchas y bellas cortesanas, que se hacían pagar muy caros sus favores; de donde vino el proverbio: "No todos pueden ir a Corinto."

MÍRRINA

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen lejos de vosotras, en el ejército? Pues demasiado sé que todas tenéis los maridos ausentes.

CALÓNICE

El mío, ¡pobrecillo!, hace ya cinco meses que está en Tracia, vigilando a Eúcrates (15).

LISÍSTRATA

Siete hace que está el mío en Pilos (16).

LÁMPITO

El mío, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA

¡No queda un amante para un remedio, y con la defección de los milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! (17). Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin a la guerra, ¿querríais secundarme?

(15) General ateniense, cuya lealtad a la república era sospechosa. Parece que las tropas de Atenas estaban, cuando se representó *Lisístrata*, vigilando a los pueblos de la Tracia, y no muy seguros de su general Eúcrates.

(16) En el argumento de *Los caballeros* vimos que los atenienses se habían apoderado de esta plaza fuerte de los lacedemonios; éstos no consiguieron recobrarla hasta dos años después de la representación de *Lisístrata*, o sea, en el 22 de la guerra del Peloponeso.

(17) Literalmente, "desde que los milesios nos abandonaron no he vuelto a ver una sola verga de ocho dedos de largo que nos haya servido de alivio". Lobineau hizo, según Artaud, un sabio comentario sobre tan resbaladiza materia. La defección de los milesios, por consejo de Alcibiades, tuvo lugar el año vigésimo de la guerra.

MÍRRINA

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo día (18).

CALÓNICE

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma (19).

LÁMPITO

Yo subiría a la cumbre del Taigeto (20) si allí hubiese de ver a la paz.

LISÍSTRATA

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. ¡Oh mujeres!, si queremos obligar a los hombres a hacer la paz, es preciso abstenernos...

MÍRRINA

¿De qué? Habla.

LISÍSTRATA

¿Lo haréis?

MÍRRINA

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISÍSTRATA

Es preciso abstenernos de los hombres... (21). ¿Por qué me volvéis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿Por qué os mordéis los labios y meneáis la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿Lo haréis o no lo haréis?

(18) Aristófanes echa en cara a menudo a las mujeres su afición a la bebida.

(19) En *El banquete*, de Platón, usa nuestro poeta la misma comparación, al desenvolver su peregrina teoría sobre la belleza y el amor.

(20) Monte de la Laconia.

(21) Literalmente, *abstinendum est a pene*.

MÍRRINA

Yo no puedo: que siga la guerra.

CALÓNICE

Yo tampoco: que siga la guerra.

LISÍSTRATA

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿Tú, que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE

Sí; todo, menos eso. Mándame, si quieres, andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata: semejante abstinencia... ¡Eso a nada puede compararse!

LISÍSTRATA

¿Y tú?

MÍRRINA

También yo prefiero andar entre llamas.

LISÍSTRATA

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luego nos admiraremos de ser maltratadas en las tragedias! Sólo servimos para el amor (22). Pero, querida Lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, aún podremos salvarlo todo.

LÁMPITO

Muy triste es, a la verdad, dormir sin compañía; pero no hay más remedio: es preciso conseguir la paz a todo trance.

LISÍSTRATA

¡Oh amiga queridísima! ¡Única mujer digna de este nombre!

(22) Literalmente, "no somos más que Neptuno y barca". Expresión proverbial, cuyo equivalente es el indicado en el texto.

CALÓNICE

Pero, si, lo que Dios quiera, nos abstenemos completamente de lo que dices, ¿conseguiremos por eso más pronto la paz?

LISÍSTRATA

Mucho más pronto, por las diosas. Permanezcamos en casa, bien pintadas, y sin más vestidos que una transparente túnica de Amorgos (23), y los hombres arderán en amorosos deseos. Si entonces resistimos a sus instancias, estoy segura de que harán en seguida la paz (24).

LÁMPITO

Por eso, sin duda, cuando Menelao vió el seno desnudo de Helena, arrojó la espada (25).

CALÓNICE

Pero, desdichada, ¿y si nos abandonan nuestros maridos?

LISÍSTRATA

Entonces, como dice Ferécates, "desollaremos un perro desollado" (26).

CALÓNICE

Esos simulacros nada valen. ¿Y si nos cogen y nos arrastran a su alcoba?

LISÍSTRATA

Agárrate a la puerta.

(23) Amorgos era una de las Cícladas entre Naxos y Cos. Se fabricaban en ella telas finísimas, casi transparentes, y de gran precio. Algunos suponen que estas telas se llamaban así, o a causa de su color, o por la planta de que estaban hechas.

(24) Siempre que se trata del amor, usa Aristófanes expresiones de una obscenidad intraducible, aunque muy gráficas.

(25) Alusión a *Andrómaca*, de Eurípides.

(26) Este proverbio se aplicaba a los que se toman un trabajo inútil. *Intelligit femina penem coriaceum de quo supra*. Ferécates era un poeta cómico contemporáneo de Aristófanes, que citó ese proverbio en alguna de sus piezas.

CALÓNICE

¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA

Cede, pero de mala gana; no puede haber placer si hay violencia. Además, podemos atormentarlos de mil modos. No temas, pronto se cansarán: es imposible un goce no recíproco.

CALÓNICE

Si esa es vuestra opinión, me adhiero a ella.

LÁMPITO

Nosotras quedamos en decidir a nuestros maridos a firmar una paz leal y franca. Pero ¿quién será capaz de hacer otro tanto con el populacho ateniense, tan enamorado de la guerra?

LISÍSTRATA

No tengas cuidado; nosotras le persuadiremos.

LÁMPITO

No lo conseguirás mientras estén apasionados de sus naves y se guarde en el templo de Minerva aquel inmenso tesoro (27).

LISÍSTRATA

Todo eso está previsto: hoy mismo nos apoderaremos de la ciudadela. Las mujeres de más edad están encargadas de ocuparla con pretextos de ofrecer un sacrificio, mientras nosotras nos concertamos aquí.

LÁMPITO

Todo irá bien, pues todo está perfectamente trazado.

LISÍSTRATA

Entonces, Lámpito, ¿por qué no nos comprometemos con un juramento inquebrantable?

(27) En él había de reserva mil talentos. El templo de Minerva estaba en la ciudadela.

LÁMPITO

Pronuncia tú la fórmula, y nosotras juraremos.

LISÍSTRATA

Tienes razón. ¿Dónde está la mujer escita? (28). ¿Adónde miras? Poned aquí un escudo sobre la cara convexa y traedme las víctimas.

CALÓNICE

¿Qué juramento vamos a prestar, Lisístrata?

LISÍSTRATA

¿Qué juramento? En Esquilo se degüella una oveja y se jura sobre un escudo (29); nosotras haremos lo mismo.

CALÓNICE

Peró, Lisístrata mía, ¿cómo hemos de jurar sobre un escudo, cuando se trata de la paz?

LISÍSTRATA

¿Pues qué juramento haremos?

CALÓNICE

Cojamos un caballo blanco (30), sacrificuémosle y juramos sobre su cadáver.

LISÍSTRATA

¿Y dónde vas a hallar un caballo blanco?

CALÓNICE

¿Pues cómo juraremos?

(28) Los alguaciles y arqueros de Atenas eran casi todos escitas, y Lisístrata quiere conformarse con la costumbre.

(29) Alusión a *Los siete contra Tebas*, donde los jefes prestan un juramento en la forma indicada por Lisístrata.

(30) Se alude a la verga de un caballo sobre la que se hace el juramento.

LISÍSTRATA

Voy a decírtelo. Coloquemos aquí una gran copa negra (31), inmolemos en ella un cántaro de vino de Tasos y juremos no mezclarle ni una gota de agua.

LÁMPITO

¡Oh, qué hermoso juramento! No hay palabras para elogiarle bastante.

LISÍSTRATA

Que me traigan una copa y un cántaro.

CALÓNICE

Queridísimas amigas, ¡qué enorme cántaro! ¡Con qué placer lo iremos vaciando!

LISÍSTRATA

Déjalo aquí y pon la mano sobre la víctima (32). ¡Oh soberana persuasión, y tú, copa de la amistad, aceptad este sacrificio y sed propicias a las mujeres (33).

CALÓNICE

¡Qué hermoso color tiene la sangre! ¡Qué bien corre! (34).

LÁMPITO

¡Por Cástor, qué buen olor despide!

LISÍSTRATA

Amigas mías, dejadme jurar la primera (35).

CALÓNICE

No, por Venus; que decida la suerte (36).

(31) Parodia de Esquilo.

(32) Para jurar se ponía la mano sobre la víctima; costumbre que se ha conservado.

(33) Dice esto echando vino en la copa.

(34) Esta circunstancia era de buen agüero en los sacrificios.

(35) La primera que jurase debía beber también la primera.

(36) En los festines parece que se echaban suertes para fijar el orden en que habían de beber los convidados.

LISÍSTRATA

Vamos, Lámpito, y vosotras, extended la mano sobre la copa; después, que una sola, en nombre de todas, repite las palabras: así prestaréis el mismo juramento y os comprometeréis a guardarlo. "Ningún amante, ningún esposo..."

CALÓNICE

"Ningún amante, ningún esposo..."

LISÍSTRATA

"Podrá acercárseme enardecido de amor..." Repite.

CALÓNICE

"Podrá acercárseme enardecido de amor..." ¡Ay! Lisístrata, me siento desfallecer.

LISÍSTRATA

"Viviré castamente en mi casa..."

CALÓNICE

"Viviré castamente en mi casa..."

LISÍSTRATA

"Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada..."

CALÓNICE

"Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada..."

LISÍSTRATA

"A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos..."

CALÓNICE

"A fin de inspirar a mi esposo más ardientes deseos..."

LISÍSTRATA

"Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias..."

CALÓNICE

"Pero nunca cederé de buen grado a sus instancias..."

LISÍSTRATA

"Y si, contra mi voluntad, me obligase..."

CALÓNICE

"Y si, contra mi voluntad, me obligase..."

LISÍSTRATA

"Permaneceré inanimada en sus brazos..." (37).

CALÓNICE

"Permaneceré inanimada en sus brazos..." (38).

.....

.....

LISÍSTRATA

"¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!..."

CALÓNICE

"¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!..."

LISÍSTRATA

"¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!..."

CALÓNICE

"¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!..."

(37) *Maligne ei præbello et motus non addam.*

(38) Hemos eliminado la traducción de los versos cuya versión latina es: *Non tollam calceos sursum ad lacunar. Non conquiniscam instar lænæ in cultri manubrio.*

Paradox
4 coros → Coro Viejos

LISÍSTRATA

1833

¿Juráis todas?

LISÍSTRATA

Sí, por Júpiter.

MÍRRINA

LISÍSTRATA

Voy, pues, a sacrificar la víctima. (Bebe.)

CALÓNICE

Déjame un poco, querida mía, para que consolidemos nuestra amistad.

LÁMPITO

¿Qué gritos son éstos?

LISÍSTRATA

Lo que hace poco te decía. Son las mujeres que se apoderan de la ciudadela. Tú, Lámpito, parte a arreglar tus cosas y déjanos a éstas en rehenes. Corramos nosotras a encerrarnos en el alcázar y a defenderlo con las demás compañeras.

CALÓNICE

¿Crees que los hombres vendrán pronto a atacarnos?

LISÍSTRATA

Nada se me da de ellos. Ni el incendio ni todas sus amenazas me harán abrir jamás aquellas puertas, si no aceptan la condición convenida.

CALÓNICE

✓ Nunca, por Venus; de otro modo, sería inmerecida la opinión en que nos tienen de tercas y malvadas.

CORO DE VIEJOS (39)

Anda, Draces; guíanos con precaución, aunque te

(39) Acuden a los gritos de las mujeres cargados de haces de leña para incendiar las puertas de la ciudadela y quemar a las invasoras. Éstas se aprestan a una resistencia enérgica.

Possible
Parabasis.
pasaje corado
dirigido
a público.

quebrante el hombro ese pesado haz de olivo verde. ¡Qué cosas tan inesperadas se ven cuando se vive muchos años! ¡Ay Estrimodoro! ¿Quién hubiera imaginado nunca que había de llegar un día en que las mujeres, esa peste de nuestras casas, alimentadas por nosotros con tanto regalo, se apoderarían de la estatua de Minerva, y ocuparían mi ciudadela, y atrancarían sus puertas con barras y cerrojos? Pero corramos, corramos al alcázar, amigo Filurgo; rodeemos de un muro de faginas a las inventoras y ejecutoras de tan execrable hazaña; hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos abrasemos a todas sin excepción, y a la esposa de Licón la primera (40). ¡No, por Ceres, mientras yo viva no se burlarán de nosotros! Pues ni Cleómenes (41), cuando en otro tiempo se apoderó de la ciudadela, pudo dejarla con honor; a pesar de sus humos lacedemonios, vióse obligado a capitular y a retirarse sin armas, sin más vestidos que una pequeña túnica, lleno de andrajos, escuálido, hecho un oso sucio, como si en seis años no se hubiese lavado. ¡Oh, qué sitio aquel! Nuestros soldados, colocados de diecisiete en fondo, cerraban la salida, y no se relevaban ni para dormir. ¿Y no reprimiré con mi sola presencia la audacia de esas mujeres aborrecidas por Eurípides y todos los dioses? Si tal sucede, consiento que sean derribados mis trofeos de la Tetrápoli (42). Mas para llegar a la ciudadela aún tengo que subir esa pendiente; procuremos arrastrar estos haces, sin acudir a las bestias de carga. ¡Ay!, las leñas me destrozan los hombros. Sin embargo, es necesario subir y soplar el fuego, no vaya a apagársenos y a faltarme al final de la jornada. ¡Fu! ¡Fu! (Soplado.) Justo cielo, ¡qué humo! Al salir del brasero se lanza sobre mí y me muerde los ojos

(40) Se cree que sea Lisístrata. Licón era un demagogo que entregó Naupacta a los enemigos. Los demás nombres de esta primera parte del coro son de pura invención.

(41) Rey de Lacedemonia, que un siglo antes de la representación de *Lisístrata* consiguió apoderarse de la ciudadela. Tuvo que capitular.

(42) Distrito del Ática, llamado así porque lo formaban cuatro aldeas: Maratón, Enoe, Probalnito y Tricoriso.

Coro mujeres

como un perro rabioso. Es fuego de Lemnos (43), no me cabe duda; de otro modo, no atacaría tan cruelmente mis ojos legañosos. Vamos, Lagnes, corramos a la ciudadela y auxiliemos a la diosa. ¿Cuándo habrá ocasión mejor de socorrerla? ¡Fu! ¡Fu! (Soplado.) ¡Justo cielo, qué humo! Este fuego está vivo y arde por la gracia de los dioses. Mas ¿por qué no depositamos aquí nuestros haces? ¿No sería mejor encender en el brasero un manojo de sarmientos y lanzarlo contra las puertas a modo de ariete? Si las mujeres no desatranca cuando se lo mandemos, será preciso incendiar las puertas y asfixiarlas con el humo. Dejemos ya la carga. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué humareda! ¿No habrá por ahí algún jefe de la expedición de Samos (44) que me ayude a descargar? ¡Ah! Por fin se ven libres mis hombros. Vamos, brasero mío, atiza el fuego y enciéndeme cuanto antes esta tea. Ayúdame, divina Victoria; castigemos la audacia de las mujeres dueñas de la ciudadela, y erijamos un trofeo triunfal.

CORO DE MUJERES (45)

Amigas mías, creo distinguir humo y llamas: parece un incendio; acudamos a toda prisa. Vuela, vuela, Nicódice, antes de que Cálica y Cristila perezcan asfixiadas, víctimas de las leyes más crueles y de esos malditos viejos. Pero, venerandas diosas, ¿llegaré demasiado tarde? Al amanecer ya estaba yo en la fuente, y a duras penas conseguí llenar esta vasija: ¡tanta era la confusión, el tumulto y el estrépito de los cántaros! A empellones con las criadas y viles esclavos, conseguí sa-

(43) Las mujeres de Lemnos asesinaron en cierta ocasión a sus maridos; más tarde, los habitantes de aquella isla, para vengarse de los atenienses, que les habían injuriado, les arrebataron muchas de sus mujeres y mataron los hijos que nacieron de este concubinato. Todo esto hacía que los isleños de Lemnos tuviesen malísima reputación, formándose como expresión de esta idea la frase peste de Lemnos, para indicar las cosas peores.

(44) Es decir, partidario de la democracia, cuyo gobierno acababa de establecerse en Samos.

(45) Distinto del primero, y compuesto de mujeres que acuden con cántaros de agua en auxilio de sus compañeras.

lir con la agua, y ahora me apresuro a socorrer a mis amenazadas compañeras. Me han dicho que unos viejos chochos, cargados con haces de cerca de tres talentos de peso, como para calentar un baño, se dirigían hacia aquí con desusada furia, gritando, entre terribles amenazas, que es preciso tostar a las pérfidas mujeres. Pero, venerable Minerva, haz que, en vez de ser pasto de las llamas, consigan librar a la Grecia y a sus ciudadanos de los horrores de la guerra. Con este objeto ocuparon tu templo, santa patrona de refulgente casco de oro. Yo invoco tu auxilio, ¡oh Tritogenia! Si algún hombre quiere abrasarlas, ven a traer agua con nosotras. ¡Eh! ¡Eh! Deteneos (46). ¿Qué es eso, grandísimos canallas? Los hombres honrados y piadosos no obran de esa manera.

CORO DE VIEJOS

¡Ah! He ahí una cosa con la cual no contábamos: un enjambre de mujeres defiende el exterior de la ciudadela.

CORO DE MUJERES

¿Por qué nos teméis? ¿Acaso os parecemos muchas? Pues no veis ni la diezmilésima parte.

CORO DE VIEJOS

Fedrias, ¿les permitiremos charlar de ese modo? ¿No convendrá romperles un garrote en las costillas?

CORO DE MUJERES

Dejemos en el suelo nuestros cántaros; así no nos estorbarán, si alguno trata de sentarnos la mano.

CORO DE VIEJOS

Si las hubiesen dado dos o tres bofetadas, como a Búpalo (47), no chillarían tanto.

(46) Otras ediciones ponen estas palabras en boca de Estratilis.

(47) Alusión a un verso en que Hipponax amenazaba a Bú-

CORO DE MUJERES

Anda, pégame: aquí te espero; pero te aseguro que en adelante no te agarrará otra perra (48).

CORO DE VIEJOS

Si no callas, este garrote se encargará de que no llegues a vieja.

CORO DE MUJERES

A ver, toca con un solo dedo a Estratilis.

CORO DE VIEJOS

¿Y si te derrengo a puñetazos? ¿Qué harás entonces?

CORO DE MUJERES

Te arrancaré a mordiscos los pulmones y las entrañas.

CORO DE VIEJOS

¡Ah! Eurípides es el más sabio de los poetas. Sí, tiene razón: la mujer es el animal más desvergonzado.

CORO DE MUJERES

Cojamos nuestros cántaros, Rodipa.

CORO DE VIEJOS

¿Para qué traes esa agua, mujer aborrecida de los dioses?

CORO DE MUJERES

¿Y tú ese fuego, cadáver ambulante? ¿Es para quemarte a ti mismo?

palo. Este Búpalo era un escultor célebre, que representó a Hipponax con toda su deformidad natural, por lo cual el poeta escribió contra él tan violenta sátira que el escultor se ahorcó desesperado.

(48) Se expresa que "ninguna otra perra te aferrará por los testículos".

CORO DE VIEJOS

Para encender una hoguera y quemar a tus amigas.

CORO DE MUJERES

Pues yo para apagar tu hoguera.

CORO DE VIEJOS

¿Tú apagarás mi fuego?

CORO DE MUJERES

Pronto lo verás.

CORO DE VIEJOS

No sé cómo no la tuesto a fuego lento con esta lámpara.

CORO DE MUJERES

Si estás sucio, te daré un baño.

CORO DE VIEJOS

¿Tú a mí un baño, puerca?

CORO DE MUJERES

Sí, un baño nupcial.

CORO DE VIEJOS

¿Oís sus desvergüenzas?

CORO DE MUJERES

Porque soy libre.

CORO DE VIEJOS

Ya reprimiré tus gritos.

CORO DE MUJERES

Yo haré que no juzgues más en el heliástico.

CORO DE VIEJOS

Quémale el pelo.

CORO DE MUJERES

Agua (49), cumple tu deber. (*Arrojan el contenido de sus cántaros sobre los viejos.*)

CORO DE VIEJOS

¡Ay, desdichado!

CORO DE MUJERES

¿Estaba caliente?

CORO DE VIEJOS

¡Sí, caliente! Acaba, ¿qué haces?

CORO DE MUJERES

Te riego para que reverdezcas.

CORO DE VIEJOS

Ya estoy seco y tiritando.

CORO DE MUJERES

Caliéntate, puesto que tienes fuego.

UN MAGISTRADO (50)

¿Las mujeres no han manifestado ya suficientemente su licencia con tanto estruendo de tambores, con tantas bacanales y con sus interminables lamentaciones

(49) Literalmente, Aqueloo, nombre de un río.

(50) Las atribuciones de estos magistrados no están bien definidas: unos creen que eran una especie de jefes de policía; otros, que su misión se reducía a preparar los asuntos que habían de discutirse en el senado, y otros, en fin, opinan que era un cargo extraordinario creado en épocas críticas, como en tiempo de la invasión de Jerjes y después de las derrotas en Sicilia.

sobre los terrados en las adonias? (51). El otro día las oí yo desde la asamblea. Demóstrato (52), ese orador que Júpiter confunda, proponía una expedición a Sicilia, y su mujer, danzando, gritaba: "¡Ay! ¡Ay! ¡Adonis!" Demóstrato proponía después que se hiciera una leva en Zacinto, y su mujer, ya beoda, gritaba en el terrado: "¡Lamentad a Adonis!" Y el maldito Colociges (53), aborrecido por los dioses, se desgañitaba para hacerse oír. Ved adónde llega su desorden.

CORO DE VIEJOS

¿Pues qué dirías si hubieses oído sus insolencias? Después de mil injurias, han arrojado sobre nosotros el agua de sus cántaros; y nos vemos en la precisión de retorcer nuestros vestidos, como si nos hubiésemos orinado.

EL MAGISTRADO

¡Bien hecho, por Neptuno! Nosotros mismos favorecemos la perversidad de las mujeres y les damos lecciones de disolución, cuyo fruto son conspiraciones como la presente. Un marido va a una tienda y dice al artífice: "Platero, bailando ayer, a la tarde, se le salió a mi mujer de su sitio el broche de aquel collar que le hiciste; yo tengo que embarcarme hoy para Salamina; si tienes tiempo, haz todos los posibles por ir al anocheecer a mi casa y encajarle el broche." Otro, se dirige a un zapatero joven y vigoroso (54), y le dice: "Una de las correas le lastima a mi mujer el dedo pequeño, que es muy delicado; vete al mediodía, y procura estirársela." Y así andan las cosas tales, que yo, pro-

(51) Fiestas en honor de Adonis, que duraban dos días y eran celebradas sólo por las mujeres. En el primero, lamentaban su muerte dando gritos sobre los terrados de las casas, y, en el segundo, se regocijaban como si hubiese vuelto a la vida.

(52) Este orador, enemigo de Nicías, sostuvo la conveniencia de la expedición de Sicilia, en que murió aquel general. Aristófanes venga la muerte de su amigo.

(53) Parodia del apodo Buciges (buey de tiro), que tenía Demóstrato. Le llama Colociges por su locura, fatal a Atenas (locura furiosa).

(54) *Qui penem habet haud quaquam puerile.*

visor, al necesitar dinero para pagar a los remeros ajustados, me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas (55). Pero ¿qué gano estándome así? Pronto, traedme unas palancas, y yo castigaré su atrevimiento. ¿A qué te quedas con la boca abierta, bribón? Y tú, ¿qué miras? Sin duda tratas de ver alguna taberna. Pronto, derribad esas puertas con las palancas. Yo también pongo manos en la obra.

LISÍSTRATA

No derribéis nada; aquí me tenéis. ¿Para qué las palancas? No es eso lo que os hace falta, sino sentido común.

EL MAGISTRADO

¿De veras, mujer abominable? ¿Dónde está el arquero? Cógela y átale las manos a la espalda.

LISÍSTRATA

Como llegue a tocarme nada más que con la punta de un dedo, por Diana lo juro, aunque sea un funcionario público, me las pagará.

EL MAGISTRADO

(Al Arquero.) ¡Cómo! ¿Tienes miedo? Sujétala por la cintura. Ayúdala tú también, y atadla entre los dos.

MUJER PRIMERA

¡Por Pandrosa! (56). Si llegas a tocarla, te pateo las tripas (57).

EL MAGISTRADO

¡Ah, las tripas! ¿Dónde está el otro arquero? Prendedme también a ésa que habla.

(55) De la ciudadela, donde se guardaba el dinero del Estado.

(56) Hija de Cécrope, por la cual juraban los atenienses.

(57) *Mox cacabis calcatus.*

MUJER SEGUNDA

¡Por la fulgente luna, si la tocas con un dedo, pronto necesitarás una venda! (58).

EL MAGISTRADO

¿Qué significa esto? ¿Dónde está el arquero? Detenla. Ya os cerraré yo todas las salidas.

MUJER TERCERA

¡Por Diana de Táuride, si te acercas a ella, te arranco todos los cabellos, aunque te deshagas en llanto!

EL MAGISTRADO

¡Oh desdicha! Mis arqueros me abandonan. ¡Cómo! ¿Nos dejaremos vencer por unas mujeres? Adelante, escitas; estrechad vuestras filas y acometedlas.

LISÍSTRATA

¡Por las diosas, os las vais a ver con cuatro valientes batallones de mujeres bien armadas que tengo adentro.

EL MAGISTRADO

¡Escitas, atadles las manos!

LISÍSTRATA

Salid, valientes compañeras; vendedoras de legumbres, puches, ajos y verduras; panaderas y taberneras, derribadlos, pegadles, desgarradlos; multiplicad vuestros insultos; haced gala de desvergüenza (59). Basta, retiraos; no despojéis a los vencidos.

EL MAGISTRADO

¡Ah, qué mal lo han pasado mis arqueros!

(58) Para curarse las heridas.

(59) La legión femenina da una buena soba a los arqueros.

LISÍSTRATA

¿Pues qué se te figuraba? ¿Creías que te las ibas a haber con unas esclavas? ¿Piensas que no hay valor en las mujeres?

EL MAGISTRADO

Sí, sí, demasiado valor; sobre todo cuando están cerca de la taberna.

CORO DE VIEJOS

¡Magistrado, estás perdiendo el tiempo en palabras! ¿A qué entras en contestaciones con esas fieras? ¿Ignoras el baño sin lejía que acaban de darnos, estando completamente vestidos?

CORO DE MUJERES

Es que, amigo mío, a nosotras nadie nos sienta así como así la mano; hazlo y verás cómo te salto un ojo. A mí me gusta estarme encerrada en casa, como una doncellita, sin hacer mal a nadie, ni siquiera menear una paja; pero como alguno me irrite, soy una avispa.

CORO DE VIEJOS

¡Oh, Júpiter! ¿Qué haremos con estas fieras? ¡Esto es insoportable! (Al Magistrado.) Te es preciso averiguar con nosotros la causa de este mal y lo que pretenden al apoderarse de la ciudadela de Cranao, de esa fortaleza inaccesible, y su venerado templo. Interrogales y no las creas; pero reúne todos los indicios. Sería vergonzosa negligencia no esclarecer tan importante asunto.

EL MAGISTRADO

Lo primero que deseo que me digáis es la intención con que os habéis encerrado en la ciudadela.

LISÍSTRATA

Con la de poner a salvo el tesoro y evitar la causa de la guerra.

EL MAGISTRADO

Pues qué, ¿el dinero es la causa de la guerra?

LISÍSTRATA

Y de todos los demás desórdenes. Pisandro (60) y otros ambiciosos amotinan continuamente las turbas, sin más objeto que el de robar a favor de la confusión. Ahora ya pueden hacer lo que se les antoje, porque lo que es de este dinero no han de tocar ni un óbolo.

EL MAGISTRADO

¿Pues qué harás?

LISÍSTRATA

¡Vaya una pregunta! Administra lo nosotras.

EL MAGISTRADO

¿Administrar vosotras el tesoro?

LISÍSTRATA

No comprendo tu asombro. ¿Acaso no administramos los gastos de nuestras casas?

EL MAGISTRADO

Pero no es lo mismo.

LISÍSTRATA

¿Por qué no es lo mismo?

EL MAGISTRADO

Ese dinero se destina a la guerra.

LISÍSTRATA

La guerra ya no es necesaria.

(60) Véanse *La paz*, *Las aves*.

EL MAGISTRADO

¿Cómo! ¿Y la defensa de la república?

LISÍSTRATA

Nosotras la defenderemos.

EL MAGISTRADO

¿Vosotras?

LISÍSTRATA

Sí, nosotras.

EL MAGISTRADO

Eso es indigno.

LISÍSTRATA

Pues la defenderemos, mal que te pese.

EL MAGISTRADO

¡Qué atrocidad!

LISÍSTRATA

¿Te enfadas, eh? Pues, amigo mío, no hay más remedio.

EL MAGISTRADO

Pero es inicuo, por Ceres.

LISÍSTRATA

Pues se la defenderá.

EL MAGISTRADO

¿Y si no quiero?

LISÍSTRATA

Con más motivo.

EL MAGISTRADO

Pero ¿de dónde os ha venido la idea de ocuparos de la guerra y de la paz?

LISÍSTRATA

Os lo diremos.

EL MAGISTRADO

Había pronto, o, si no, habrá lágrimas.

LISÍSTRATA

Escucha, y quietecitas las manos.

EL MAGISTRADO

No puedo; es tal mi ira, que me es difícil contenerla.

UNA MUJER

Entonces a ti te tocará llorar.

EL MAGISTRADO

¡Caiga sobre ti el oráculo que acabas de graznar, vejestorio! (*A Lisístrata.*) Habla tú.

LISÍSTRATA

Voy. En la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que hacíais los hombres, porque no nos permitíais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos; nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entonces, disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos: “¿Qué resolución sobre la paz habéis tomado hoy en la asamblea?” “¿Qué te importa?, decía mi marido; cállate”, y yo callaba.

UNA MUJER

Pues yo no me hubiera callado.

EL MAGISTRADO

Pues hubieras llorado por no callar.

LISÍSTRATA

Yo me callaba; otra vez, oyendo que habíais tomado una funestísima determinación, le pregunté: “Marido

mío, ¿en qué consiste que obráis tan sin sentido?” Y él, mirándome de reojo, contestó: “Teje tu tela, si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo; la guerra es asunto de hombres” (61).

EL MAGISTRADO

Y tenía razón, por vida mía.

LISÍSTRATA

¿Cómo que tenía razón? ¡Miserable! ¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptáis resoluciones funestas? Cansadas ya de oír a unos preguntar a gritos en las calles: “¿No hay un hombre en este país?”, y a otros responder: “No, ni uno”, las mujeres hemos tomado el partido de reunirnos y salvar entre todas a la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? Por consiguiente, si queréis escuchar nuestros buenos consejos, y callaros a vuestra vez, como nosotras entonces, conseguiremos arreglarlos.

EL MAGISTRADO

¡Vosotras a nosotros! Vamos, ¡esto ya no puede tolerarse!

LISÍSTRATA

¡Calla!

EL MAGISTRADO

¡Yo! ¡Callarme yo, porque tú me lo mandes, deslenguada! ¡Yo obedecer a quien lleva un velo en la cabeza! ¡Antes morir!

LISÍSTRATA

Si no tienes más inconveniente que ése, toma mi velo, rodéatelo a la cabeza y calla. Toma también este canastillo; ponte un ceñidor, y dedícate a hilar lana,

(61) Las últimas palabras se las dirige Héctor a Andrómaca en la *Iliada*, VI.

masculando babas (62); la guerra será asunto de mujeres.

CORO DE MUJERES

Mujeres, dejad vuestros cántaros para que por nuestra parte ayudemos también a nuestras amigas. Yo jamás me rendiré de bailar, ni el cansancio hará flaquear mis rodillas. Quiero hacer causa común y afrontar todos los riesgos con esas compañeras tan valientes, tan ingeniosas, tan bellas, tan atrevidas y discretas, raro conjunto de patriotismo y valor. Tú, intrépida Lisístrata, y vosotras sus aliadas, no depongáis vuestra cólera; sed siempre como un manojito de ortigas; los vientos son favorables.

LISÍSTRATA

Si el amable Cupido y la diosa de Chipre (63) derraman sobre nuestro seno los atractivos del amor, e inspiran a los hombres ardientes y dulcísimos deseos (64), espero que los griegos llegarán a llamarnos las lisímacas (65).

EL MAGISTRADO

¿Y por qué?

LISÍSTRATA

Por haber puesto término a sus locuras y paseos con armas en el mercado.

UNA MUJER

Muy bien, por Venus de Pafos.

LISÍSTRATA

Pues ahora se los ve recorrer armados de punta en blanco, como frenéticos coribantes, la plaza en que se venden ollas y legumbres.

(62) Es decir, en juzgar. (Véase *Los caballeros*, nota 10.)

(63) Venus.

(64) *Si viris tentiginem jucundan ingeneraverint, ut quasi baculos penes erigant...*

(65) Nombre que significa las terminadoras de la guerra.

EL MAGISTRADO

Cierto, porque eso es propio de valientes.

LISÍSTRATA

Pero es ridículo ver comprando pececillos a un hombrón en cuyo escudo se ostenta una cabeza de Gorgona.

UNA MUJER

El otro día vi yo a todo un filarconte (66) de largos cabellos echar en su casco de bronce, sin apearse siquiera, las puches que una vieja acababa de venderle. Otro tracio, agitando su escudo y su dardo, como Tereo (67), aterraba a una vendedora de higos y se le comía los mejores.

EL MAGISTRADO

Pero ¿cómo podréis vosotras arreglar la enmarañada madeja de la cosa pública en este país?

LISÍSTRATA

Facilísimamente.

EL MAGISTRADO

¿Cómo? Dímelo.

LISÍSTRATA

Mira, cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos así y lo sacamos del huso, tirando a un lado y a otro; pues bien: como nos dejen, desenredaremos igualmente la guerra, enviando embajadas a un lado y a otro.

EL MAGISTRADO

Por tanto, imbéciles, pensáis arreglar los más peligrosos negocios con los husos, el hilo y la lana.

LISÍSTRATA

Si tuvieseis un átomo de sentido común, seguiríais en política el ejemplo que os damos al trabajar la lana.

(66) Jefe de caballería de una tribu.

(67) Tereo reinó en Tracia.

EL MAGISTRADO

¿Cómo? Sepamos.

LISÍSTRATA

Así como nosotras principiamos por lavar la lana para separarla de toda suciedad, vosotros debíais empezar por expulsar a palos de la ciudad a los malvados, y separar la mala hierba; luego dividir a todos esos que se coligan y apelonan para apoderarse de los cargos públicos, y arrancarles la cabeza; después amontonar en un canasto, para el bien común, los metecos, los extranjeros, los amigos y los deudores al estado, y cardarlos sin distinción. A las ciudades pobladas por colonos de este país debíais de considerarlas separadamente, como otros tantos pelotones colocados delante de nosotras, y en seguida sacar un hilo de cada una de ellas, traerlo hasta aquí, reunirlos todos, hacer un grande ovillo y tejer con él una manta para el pueblo.

EL MAGISTRADO

¿No es insufrible que pretenda hilarlo y devanarlo todo quien ninguna participación tiene en la guerra?

LISÍSTRATA

Pero, ¡maldito del dios!, nosotros tenemos parte doble, pues primero parimos los hijos y después los enviamos al ejército.

EL MAGISTRADO

Calla; no recuerdes nuestros desastres (68).

LISÍSTRATA

Después, en vez de gozar en la flor de nuestra juventud de los placeres del amor, estamos como viudas, gracias a la guerra; y por nosotras, pase; yo me aflijo por esas pobres doncellas que envejecen en su lecho solitario.

(68) Alusión a la reciente derrota de Sicilia.

EL MAGISTRADO

¿No envejecen también los hombres?

LISÍSTRATA

¡Oa, eso es muy diferente! Un hombre, al volver de la guerra, aunque tenga los cabellos blancos, se casa pronto con una tierna doncella. El tiempo de la mujer es muy corto, y si no lo aprovecha, ya nadie la quiere, y se pasa la vida en consultar los augurios (69).

EL MAGISTRADO

Pero todo anciano que aún conserva algún vigor...

LISÍSTRATA

Y tú, ¿cuándo te piensas morir? Ya es tiempo; cómprate un ataúd; mira: te voy a amasar la torta funeraria (70). Toma esta corona y cíñete las sienes.

MUJER PRIMERA

Toma estas cintas.

MUJER SEGUNDA

Ten esta otra corona.

LISÍSTRATA

¿Qué te falta? ¿Qué deseas? Caronte (71) te espera; tu tardanza le impide darse a la vela.

EL MAGISTRADO

Estos ultrajes son insufribles. Voy a presentarme yo mismo a mis colegas con esta facha.

(69) Para averiguar cuándo le llegará el turno.

(70) Para ofrecerla al Cerbero, según el rito funerario.

(71) Barquero del infierno.

LISÍSTRATA

¿Te quejas porque aún no te hemos expuesto? (72). No te apures; dentro de tres días iremos de madrugada a ofrecerte la oblación de costumbre. (*Vanse Lisístrata y el Magistrado. Los dos Coros quedan solos en la escena.*)

CORO DE VIEJOS

Ya no puede dormir ningún amigo de la libertad. Ea, dispongámonos para esta grande empresa. Sospecho mayores peligros, y creo percibir un olor a tiranía de Hipias; y mucho me temo que algunos lacedemonios reunidos en casa de Clístenes hayan sido los incitadores de estas malditas mujeres, sugiriéndoles la idea de apoderarse de nuestro tesoro y del salario de que vivimos. Indigno es, por vida mía, que se entrometan a dar consejos a los ciudadanos y a hablar de cascos de bronce y a tratar de la paz con los lacedemonios, en quienes tengo menos confianza que en un lobo hambriento. Amigos, no cabe duda; todas sus tramas tienden a restablecer la tiranía. Pero jamás me tiranizarán; yo tomaré mis precauciones, y llevando mi espada en la rama de mirto (73), estaré sobre las armas en la plaza pública, junto a la estatua de Aristogiton. Allí permaneceré, porque siento un vivo deseo de darle un bofetón a esa maldita vieja.

CORO DE MUJERES

Cuando vuelvas a tu casa no te conocerá ni la madre que te parió (74). Pero, queridas ancianas, dejemos esto en el suelo; nosotras, ¡oh ciudadanos!, vamos a principiar un discurso muy útil a la república; y bien lo merece por haberme criado en el seno de los placeres y del esplendor. A la edad de siete años ya llevé las ofrendas misteriosas en la fiesta de Minerva; a los

(72) Era costumbre exponer los cadáveres delante de la casa.

(73) Verso tomado del escolio de Harmodio. Todo este coro tiende a ridiculizar la suspicacia ateniense, a la cual todo se le antojaban maquinaciones para restablecer la tiranía.

(74) Amenaza dirigida a los viejos.

diez molía la cebada en honor de la diosa; luego, ceñida la flotante túnica azafranada, me consagraron a Diana en las brauronias (75), y, por último, ya doncella núbil, fuí canéfora, y rodeé mi garganta con el collar de higos (76). En pago de tantas distinciones, ¿no deberé dar útiles consejos a mi patria? Aunque mujer, permitidme proponer un remedio a nuestros males, que al fin, al darle mis hijos, también pago mi contribución al estado. Pero vosotros, miserables viejos, ¿con qué contribuís? Después de haber consumido lo que se llamaba el tesoro de los abuelos (77), reunido durante las guerras médicas, nada pagáis, y todos corremos grave riesgo de que nos arruinéis. ¿Qué podéis responder a esto? Como me incomodes mucho, te siento en la cara este coturno, y ¡cuidado, que pesa!

CORO DE VIEJOS

¿Puede haber mayor ultraje? La cosa va de mal en peor. Todo hombre que se tenga por tal tiene obligación de oponérseles. Pero quitémonos la túnica. El hombre debe ante todo oler a hombre, y no estar envuelto en sus vestidos. Ea, todos los que en nuestros tiempos nos reunimos en Lipsidrion, hombres de pies desnudos, hoy es preciso rejuvenecerse, enderezar el cuerpo, despojarnos de la vejez. Si dejamos a las mujeres el menor asidero, no cejarán ni un punto en sus esfuerzos, y las veremos construir naves, pretender dar batallas navales y atacarnos a ejemplo de Artemisa (78). Si les place dedicarse a la equitación, licenciaremos a nuestros caballeros. A la mujer la gusta mucho el caballo; sobre él ataca vigorosamente, y no se

(75) Literalmente, "Fuí osa en las brauronias. (Véase la nota 105 de *La paz*.)

(76) Las canéforas, jóvenes de familias distinguidas, que llevaban los canastillos en las procesiones, solían llevar un collar de higos.

(77) En tiempo de las guerras médicas, cada ciudadano contribuyó según sus medios, formándose de esta manera un gran fondo de reserva.

(78) Reina de Caria; acompañó a Jerjes en su expedición contra Grecia, e hizo prodigios de valor.

cae por mucho que galope; testigos, las amazonas que Micon (79) pintó combatiendo a los hombres. Por lo cual es preciso que nos apoderemos de ésta y las metamos a todas ellas el cuello en el cepo.

CORO DE MUJERES

¡Por las diosas! Si me irritas, suelto las riendas a mi cólera, y te doy una tunda que te obligo a pedir socorro a tus vecinos. Amigas mías, quitémonos también nosotras los vestidos; perciban esos carcamales el olor a mujer enfurecida. Si alguno se acerca a mí, yo le aseguro que no ha de comer más ajos ni habas negras. ¡Di una sola palabra! Estoy furiosa y te trataré como el escarabajo al nido del águila. Ningún temor me dais mientras a mi lado estén Lámpito y mi querida Ismenia, noble tebana. Aunque des siete decretos, no podrás con nosotras, ¡miserable, detestado por tus vecinos y por todo el mundo! Ayer mismo, para celebrar la fiesta de Hécate, quise traer de la vecindad una muchacha buena y amable, muy querida por mis hijos, una anguila de Beocia (80), y se negaron a enviármela por tus malditos decretos. Y nunca cesaréis de hacerlos, hasta que alguno os coja por las piernas y os precipite cabeza abajo. (A Lisístrata.) Directora de esta noble empresa (81), ¿por qué sales tan triste de tu morada?

LISÍSTRATA

La indigna conducta de las mujeres, su inconstancia verdaderamente femenil, eso es lo que me agita y llena de angustia.

CORO DE MUJERES

¿Qué dices? ¿Qué dices?

LISÍSTRATA

La verdad, la verdad.

(79) El cuadro del combate de las amazonas y Teseo estaba en el Pecilo.

(80) Estando interrumpido el comercio con Beocia por la guerra, no venían al mercado ateniense sus exquisitas anguilas.

(81) Parodia del *Telefo*, de Eurípides.

CORO DE MUJERES

¿Qué desgracia ocurre? Díselo a tus amigas.

LISÍSTRATA

Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.

CORO DE MUJERES

No me ocultes la desgracia que nos ocurre.

LISÍSTRATA

Nos abrasa la lujuria, para decirlo de una vez.

CORO DE MUJERES

¡Oh Júpiter!

LISÍSTRATA

¿A qué invocas a Júpiter? Ésta es la pura verdad. No puedo privarles más tiempo de sus maridos, pues se me escapan. La primera a quien sorprendí abría un agujero junto a la gruta de Pan (82); la segunda se descolgaba por medio de una polea; otra preparaba su desertión; otra, cogida a un pájaro, se disponía volar a casa de Orsíloco (83), y la he detenido por los cabellos; en fin, discurren todos los pretextos imaginables para volver a sus hogares. Ahí viene una. ¡Eh!, tú, ¿adónde vas tan de prisa?

MUJER PRIMERA

Quiero ir a mi casa; tengo allí una porción de lana de Mileto, que se la está comiendo la polilla.

LISÍSTRATA

No hay polilla que valga. ¡Atrás!

(82) Que estaba al norte de la ciudadela.

(83) Hombre de mala conducta.

MUJER PRIMERA

Volveré al instante, te lo juro por las diosas; volveré en cuanto la haya tendido sobre el lecho.

LISÍSTRATA

No la tiendas, ni te muevas de aquí.

MUJER PRIMERA

¿Y he de dejar perderse mi lana?

LISÍSTRATA

No hay más remedio.

MUJER SEGUNDA

¡Desdichada! ¡Desdichada! Me he dejado en casa el lino sin macear.

LISÍSTRATA

Ya tenemos otra que quiere ir a macear su lino. Entra aquí.

MUJER SEGUNDA

¡Te lo juro por Diana! Volveré en cuanto lo haya maceado.

LISÍSTRATA

No lo macearás, porque si tú principias, otra querrá hacer otro tanto.

MUJER TERCERA

Divina Lucina, retrasa mi parto hasta que llegue a un lugar profano.

LISÍSTRATA

¿Estás loca?

MUJER TERCERA

Voy a parir de un momento a otro.

LISÍSTRATA

¡Pero si ayer no estabas encinta!

MUJER TERCERA

Pues hoy lo estoy. Déjame, Lisístrata, déjame salir en busca de la comadre.

LISÍSTRATA

¿Qué cuentos son éstos? ¿Qué cosa dura tienes aquí?

MUJER TERCERA

Un niño varón.

LISÍSTRATA

¡Ca! Si es de metal, y hueca. Veámosla. ¡Oh, tiene gracia! ¿Traes el casco de la diosa, y decías que estabas encinta?

MUJER TERCERA

Sí, por Júpiter, lo estoy.

LISÍSTRATA

¿Pues por qué traías esto?

MUJER TERCERA

Para si me sobrevénia el parto en la ciudadela, hacer con él un nido, como las palomas.

LISÍSTRATA

¿Qué dices? Ésos son pretextos; la cosa está clara. ¿No esperarás aquí el día de tu purificación? (84).

MUJER TERCERA

No puedo dormir en la ciudadela desde que he visto la serpiente que la guarda (85).

(84) Literalmente, anfidromia, ceremonia que consistía en dar vueltas alrededor del altar con el niño, al quinto día de su nacimiento.

(85) Creían los atenienses que una gran serpiente o dragón estaba encargado de guardar el templo y la acrópolis.

MUJER CUARTA

Yo, infeliz de mí, me muero de fatiga; el grito incesante de las lechuzas (86) no me deja conciliar el sueño.

LISÍSTRATA

¡Desdichadas! Basta de fingidos terrores. Quizá echáis de menos a vuestros maridos. ¿Creéis que ellos no os desean también? Yo sé que pasan noches crueles. Pero, amigas mías, resistíos sin flaquear, y tened aún un poco de paciencia; un oráculo nos pronostica el triunfo, si no nos dividimos. Oídllo.

CORO DE MUJERES

Sí, dinos el oráculo.

LISÍSTRATA

Callad, pues. "Cuando las golondrinas, huyendo de las abubillas, se reúnan en un lugar y se abstengan de los machos, entonces concluirán los males, y Júpiter tonante pondrá lo de abajo arriba..."

CORO DE MUJERES

¿Nosotras estaremos encima?

LISÍSTRATA

"Pero si las divide la discordia, y las golondrinas huyen del sagrado templo, no habrá otra ave más lasciva."

CORO DE MUJERES

El oráculo está claro. ¡Oh dioses! No hay que desalentarse. Entremos. Vergonzoso sería, compañeras, el faltar al oráculo.

CORO DE VIEJOS

Quiero contaros una fábula que oí siendo niño. Es

(86) Las lechuzas abundaban en Atenas.

así: Había un joven llamado Melanión (87), que por odio al matrimonio se fué a un desierto; vivía en las montañas; cazaba liebres, hacía lazos y tenía un perro, y jamás volvió a su casa; ¡tanto aborrecía a las mujeres!; y nosotros también, que no somos menos discretos que Melanión.

UN VIEJO

Vieja mía, quiero darte un beso...

UNA MUJER

Llorarás sin comer ajos.

EL VIEJO

... y atizarte un puntapié.

LA MUJER

Tu espesa barba es buen asidero.

EL VIEJO

Mirónides era negro y velludo y el terror de todos sus enemigos, lo mismo que Formión (88).

CORO DE MUJERES

También yo quiero contarte una fábula en respuesta a la de Melanión. Había un tal Timón (89), hombre intratable, inaccesible, como si estuviese erizado de espinas; un verdadero hijo de las Furias. El tal Timón, lleno de odio, huyó de vosotros, colmándoos de maldi-

(87) Jenofonte cita un Melanión que consiguió la mano de Atalana como premio a sus esfuerzos en la caza. Pero la fábula cantada por el coro hace sospechar que no se refiere al mismo.

(88) Mirónides era un general que ganó la batalla de Enófito. Sobre Formión, véase la nota de *Los caballeros*.

(89) Llamado el *Misántropo*. Llevó su aborrecimiento a los hombres al extremo de que, habiéndose roto una pierna, dejó que se le gangrenase la herida, y murió por no querer llamar a un médico.

ciones. ¡Tanto aborrecía a los hombres! Sin embargo, era apasionadísimo por las mujeres.

UNA MUJER

¿Quieres que te sacuda un bofetón?

UN VIEJO

No, no te tengo miedo.

LA MUJER

Pues te daré un puntapié.

EL VIEJO

Se te verá lo que no debe verse (90).

LA MUJER

No se verá nada sucio; aunque soy vieja, la luz de la lámpara me sirve de depilatorio.

LISÍSTRATA

¡Eh, eh!, mujeres, acudid aprisa.

MUJER PRIMERA

¿Qué ocurre? Di, ¿por qué esos gritos?

LISÍSTRATA

Un hombre, un hombre se acerca enfurecido por la cólera de Venus. ¡Diosa reina de Chipre, Citera y Pafos, no te desvíes del principiado camino!

MUJER PRIMERA

¿Dónde está? ¿Quién es?

LISÍSTRATA

Junto al templo de Ceres (91).

(90) Literalmente, "mostrarás la vulva".

(91) El templo de Ceres Cloe (Protectora de los trigos verdes) estaba próximo a la acrópolis.

MUJER PRIMERA

En efecto, es un hombre. Pero ¿quién podrá ser?

LISÍSTRATA

Mirad. ¿Le conocéis alguna de vosotras?

MÍRRINA

Yo le conozco: es mi marido Cinesias.

LISÍSTRATA

(A Mírrina.) Procura mortificarle y enardecerle la sangre fingiéndole amor y desdén y concediéndole todo cuanto pida, menos lo que la copa (92) te prohíbe.

MÍRRINA

Pierde cuidado; eso corre de mi cuenta.

LISÍSTRATA

Me quedo para ayudarte a engañarle y mortificarle. Vosotras retiraos.

CINESIAS

¡Ay, desdichado, qué horrible tormento! (93). Se me figura que estoy sobre la rueda.

LISÍSTRATA

¿Quién está ahí más acá de los centinelas?

CINESIAS

Yo.

LISÍSTRATA

¿Un hombre?

CINESIAS

Sí, un hombre.

(92) Es decir, el juramento que sobre la copa prestó.

(93) *Quanta discrucior convulsione et tentigene!*

LISÍSTRATA

¡Pronto, fuera de ahí!

CINESIAS

¿Quién eres tú para despacharme?

LISÍSTRATA

El centinela de día.

CINESIAS

Por los dioses te lo pido: llama a Mírrina.

LISÍSTRATA

¡Me gusta! ¿Que llame a Mírrina? Y tú, ¿quién eres?

CINESIAS

Su marido, Cinesias Peónides.

LISÍSTRATA

Salud, carísimo; tu nombre no nos es desconocido, porque a tu mujer nunca se le cae de la boca; si coge un huevo o una manzana, dice siempre: "Esto para mi Cinesias."

CINESIAS

¡Oh soberanos dioses!

LISÍSTRATA

Así es, por Venus. Siempre que se habla de hombres, tu mujer suele decir: "Todo es nada en comparación de mi Cinesias."

CINESIAS

Vamos, llámala.

LISÍSTRATA

¿Me darás algo por el servicio?

CINESIAS

Ya lo creo; y en seguida, si quieres; mira, te daré lo que tengo.

LISÍSTRATA

Pues bajo a llamarla.

CINESIAS

Anda lista. La vida no tiene encanto para mí desde que abandonó el hogar; entro en él con hastío; la casa me parece un desierto; todos los manjares, insípidos; ¡tal es mi pena!

MÍRRINA

¡Le amo, sí, le amo!; pero él no quiere corresponderme. No me obligues a ir a verle.

CINESIAS

¡O! dulcísima Mírrinita! ¿Por qué haces eso? Baja, baja.

MÍRRINA

No lo creas.

CINESIAS

¿Cómo, Mírrina, no bajarás llamándote yo?

MÍRRINA

Me llamas sin necesidad.

CINESIAS

¿Sin necesidad, y estoy pereciendo?

MÍRRINA

Me voy.

CINESIAS

No, por piedad; oye siquiera al niño. Vamos, hijo mío, ¿no llamas a tu mamá?

EL NIÑO

¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! (94).

CINESIAS

Vamos, ¿qué haces? ¿No te compadeces de esta pobre criatura, que hace seis días está sin madre que le asee?

MÍRRINA

Él ya me da lástima; pero su padre es muy descuidado.

CINESIAS

Baja, loquilla, por amor a tu hijo.

MÍRRINA

¡Ah, lo que es haberlo parido! Vamos, ya bajo; ¡qué remedio!

CINESIAS

Me parece mucho más joven; ¡qué tierna es su mirada! Sin duda su desdén y negativas enardecen mi amor.

MÍRRINA

Dulcísimo niño, hijo de un mal padre y encanto de tu mamá, toma, toma este beso.

CINESIAS

¿Por qué haces eso, malvada, siguiendo el ejemplo de otras mujeres, con gran pena tuya y mía?

MÍRRINA

Quietas las manos.

CINESIAS

Todo lo que hay en casa se está perdiendo.

(94) Maman era el nombre familiar con que los niños llamaban a sus madres.

MÍRRINA

Poco se me importa.

CINESIAS

¿Se te importa poco que las gallinas desgarran tus telas?

MÍRRINA

Sí, por cierto.

CINESIAS

¡Tanto tiempo como hace que no has celebrado las fiestas de Venus! ¿No quieres venir?

MÍRRINA

No, mientras no hagáis la paz y concluyáis la guerra. ✓

CINESIAS

Bien; si te agrada, lo haremos.

MÍRRINA

Bien, si te agrada, volveré a casa; pero hasta entonces estoy comprometida por un juramento.

CINESIAS (95)

Saltem aliquantisper mecum decumbe.

(95) El diálogo entre Cinesias y Mírrina lo traducimos así:
 CIN.—Al menos, acuéstate conmigo, aunque sea un solo instante. MÍR.—De ninguna manera, aunque te amase con locura. CIN.—Si me amas, bien puedes acceder, Mírrinula mía. MÍR.—¡Oh necio! ¿En presencia del niño? CIN.—¡No, por los manes!, puesto que tú misma has de llevarlo a casa. (*Vase con el niño y vuelve.*) He ahí que el niño ya ha sido alejado de aquí. Y ahora, ¿no has de acostarte? MÍR.—En fin, perdulario, ¿dónde podríamos hacer esto? CIN.—Con la mayor comodidad, en el santuario de Pan. MÍR.—Y entonces, ¿cómo podré yo volver a la ciudad sin perjuro? CIN.—Muy fácilmente, si después te lavas en la clepsidra. MÍR.—Así es que, infame, ¿voy yo a abjurar de mis promesas? CIN.—¡Que todos los males caigan sobre mi cabeza! No concedas demasiada importancia a tu juramento. MÍR.—¡Ea, pues! ¡Habrá que preparar el le-

MÍRRINA

Non sane: etsi non posse negari te a me amari.

CINESIAS

Amas? cur ergo non decumbis, Myrrhinula?

MÍRRINA

O riende, num præsente puerulo?

CINESIAS

Non hercle; sed tu, o Manes, fer eum domum. Ecce puerulus jam tibi hinc amotus: tu vero non decumbes?

MÍRRINA

Sed, o perдите, ubi id fieri potest?

CINESIAS

Ad Panos sacellum percommode.

MÍRRINA

At quomodo in arcem casta redire potero?

cho! CIN.—Nada de eso. Bastará la fresca hierba. MÍR.—Así me ayude Apolo, pues yo no me echo en tierra, por mucho que a ti te agujonee el deseo. CIN.—Está visto que mi esposa ha enloquecido por mí. MÍR.—En fin, túmbate allá, mientras yo me despojo de mis vestidos... Pero, ¡cuidado!, al menos hará falta una estera. CIN.—¡Qué diablos de estera! Esas delicadezas no se han hecho para mí. MÍR.—¡Que Diana me asista! No es muy correcto echarse sobre las cuerdas. CIN.—Deja que te bese. MÍR.—¡Adelante! CIN.—¡Magnífico! Vuelve cuanto antes con la estera. (*Vase y vuelve Mírrina.*) MÍR.—He aquí la estera. ¡Túmbate, pues! Yo me desnudo. Pero calcula que ni tienes almohada. CIN.—Ya sabes que nada necesito. MÍR.—Pero yo, sí, ¡por Cástor! CIN.—Por lo pronto, este instrumento, a semejanza del propio Hércules, hallará hospitalario abrigo. MÍR.—¡Alborózate, retoza! CIN.—Por fin lo consigo todo. MÍR.—¿Estás seguro de que todo? CIN.—Bien, apresúrate, ¡hermosa! MÍR.—Ya voy despojándome de mis prendas; pero recuerda tu palabra de concertar la paz. CIN.—Antes moriría yo, ¡por Hércules! MÍR.—Pero estoy viendo que no tienes cobertor. CIN.—¡Diantre!, ni falta que me hace; lo que quiero es hacerte el amor. MÍR.—Frena tu impaciencia; ya lo harás. Ahora espera un momento, pues en seguida vuelvo. (*Vase.*)

CINESIAS

Facillume, in Clepsydra si laveris.

MÍRRINA

Scilicet, o perдите, jurata pejerabo?

CINESIAS

In caput meum vertat. De jurejurando ne sis sollicita.

MÍRRINA

Agedum feram lectulum nobis.

CINESIAS

Nequaquam: sufficit nobis humi cubare.

MÍRRINA

Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi.

CIN.—Esta mujer me deja tirado en la estera. MÍR. (*Vuelve con el tarro de unguento.*)—Yérguete. CIN.—Ya hace tiempo que ése está erguido. MÍR.—¿Me dejarás ungirte? CIN.—¡No lo consienta Apolo! MÍR.—¡Por Venus! Quieras o no quieras, te has de ungir. CIN.—¡Ojalá, supremo Júpiter, el unguento se hubiese derramado en el arroyo! MÍR.—Alarga la mano, toma y úngete de una vez. CIN.—Tal unguento, ¡por los demonios!, no es agradable, ni sirve de nada, y lejos de valer de excitación, aleja del asunto. MÍR.—¡Infeliz de mí! ¡Para tal resultado he traído yo este unguento rodio! CIN.—¡Bien, necia, dámelo! MÍR.—Bromeas. CIN.—Los dioses debieran maldecir al que ideó ese unguento. MÍR.—¡Toma, pues, este otro! CIN.—Ya tengo el primero. Pero tu deber, ¡desgraciada!, lejos de traer tales cosas, es acostarte y complacerme. MÍR.—No pienso en otra cosa, ¡séame propicia Diana! Ya voy quitándome los zapatos. Mas no olvides, mientras tanto, querido, que has de ir resolviendo algo sobre el ajuste de la paz. CIN.—Lo pensaré. (*Mírrina escapa.*) Me la ha jugado esta mujer, dejándome a punto... ¿Qué hago yo ahora, infeliz de mí? Perdida la ocasión de esta beldad, ¿qué otra podré agenciarme? ¿Cómo satisfaré a este importuno? (*Llama a voces.*) ¿Dónde estás, Filóstrato? ¡Búscame una nodriza que alimente a éste, y sabré pagártelo!

MÍRRINA

Porrige manum, sume et inungere.

CINESIAS

Istuc hercle unguentum minime et suave, nisi terendo bonum sit; nec concubitum olet.

MÍRRINA

Mi miseram! Rhodium unguentum extuli.

CINESIAS

Bonum est; mitte hoc, o fatua.

MÍRRINA

Nugaris.

CINESIAS

Qui illum dii omnes perduint, qui primus coxit unguentum!

MÍRRINA

Cape hoc alabastrum.

CINESIAS

Sed aliud habeo. At tu, o perdita, decumbe, et ne fer mihi quidquam.

MÍRRINA

Istuc agam, ita me Diana amabit. Calceos igitur exuo. Sed, o carissime, vide ut decernas aliquid de pace faciendam.

CINESIAS

Consulam. (*Myrrhina aufugit.*) Perdidit me et attrivit mulier tum aliis omnibus, tum quod me excoriatum relinquens. Hei mihi! quid faciam? quem futuam, postquam spe excidi potiundæ pulcherrimæ? quomodo hancce educabo? Ubi Cynalopex? loca mihi mercede nutricem.

CORO DE VIEJOS (96)

In maxumis malis, o infelix, et animi angore cruciaris; et me tui miseret. Heu! heu! Quinam renes possint durare? quis animus? qui coler? quis penis intensus, nec mane permolens aliquam?

CINESIAS

¡Oh, Júpiter, qué horribles convulsiones!

CORO DE VIEJOS

¡Cómo se te ha burlado la más execrable y pérfida de las mujeres!

CINESIAS

Di la más amada, la más dulcísima.

CORO DE VIEJOS

¿Dulcísima? ¡No, cruel, muy cruel! ¡Oh Júpiter, envía una violenta ráfaga que la levante como a paja ligera, y después de hacerla girar arremolinada en los aires, la deje de repente en tierra y la clave... donde yo me sé! (97).

UN HERALDO

¿Dónde está el senado ateniense? ¿Dónde están los pritáneos? Tengo que comunicarles una noticia.

EL MAGISTRADO

¿Eres un hombre o un priapo? (98).

(96) CORO DE VIEJOS.—Sumido estás, ¡oh desdichado!, en la mayor de las desgracias y torturas. Nuestra piedad te acompañe. ¿Quién podría resistir semejante situación, sin echar el bofe? ¿Qué ánimo sería éste? ¿Qué vigorosa facultad habría de resignarse a decaer, sin conseguir sus fines?

(97) *Deinde in mentulam incidat, et infigatur.*

(98) Literalmente, un conísalo, especie de sátiro. El nombre con que le sustuímos excusa una nota sobre la forma de presentarse el heraldo.

EL HERALDO

¡Soy un heraldo, imbécil!, te lo juro por Cástor y Pólux; vengo de Esparta para hacer la paz.

EL MAGISTRADO

¿Trayendo una lanza escondida?

EL HERALDO

No hay tal.

EL MAGISTRADO

¿Adónde te vuelves? ¿Por qué te estiras la túnica? ¿Te has escoriado de tanto andar?

EL HERALDO

Este hombre es un idiota.

EL MAGISTRADO

Tu porte es indecentísimo (99).

EL HERALDO

Te digo que no, y basta de bromas.

EL MAGISTRADO

¿Qué traes ahí?

EL HERALDO

Una escítala (100) lacedemonia.

EL MAGISTRADO

Pase por escítala; pero dime la verdad; mira que lo sé todo: ¿cómo andan las cosas en Lacedemonia?

(99) *Sed arrigis, o impurissime.*

(100) La escítala era un bastón cilíndrico y prolongado que los lacedemonios entregaban a cada general que partía a la guerra. En Lacedemonia quedaba otro idéntico, y cuando querían enviar un despacho secreto, enrollaban una correa al bastón y escribían a lo largo; después la desenrollaban, de suerte que lo escrito sólo podía ser entendido por el general, que volvía a colocar la correa en torno de su escítala.

EL HERALDO

Mal; todas en el aire, lo mismo las de Lacedemonia que las de los aliados; Pelene (101) nos es indispensable.

EL MAGISTRADO

¿Cuál es la causa de esa deplorable situación? ¿Quizá Pan (102), irritado...?

EL HERALDO

No, Lámpito, según creo, fué la que principió; y en seguida, a un tiempo y unánimes, todas las espartanas se han separado de sus maridos.

EL MAGISTRADO

¿Y qué tal lo pasáis?

EL HERALDO

Horriblemente; andamos encorvados por las calles, como si lleváramos linternas. Las mujeres han resuelto no permitirnos la menor caricia hasta que, por unánime consentimiento, hagamos la paz con toda la Grecia.

EL MAGISTRADO

Es una conspiración tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo todo. Vete cuanto antes y di a los lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Yo voy a decir al senado que os envíe otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situación.

EL HERALDO

Voy volando; tu idea es excelente.

CORO DE VIEJOS

No hay bestia feroz, ni incendio más indomable que la mujer. La pantera es menos desvergonzada.

(101) Nombre de una ciudad de Acaya y de una cortesana.

(102) Dios de la lascivia.

CORO DE MUJERES

Si sabes eso, ¿por qué te obstinas en hacerme la guerra, pudiendo, gran bribón, ser amigo mío?

CORO DE VIEJOS

No, jamás dejaré de aborrecer a las mujeres.

CORO DE MUJERES

Como quieras; mas por de pronto no puedo consentir que estés desnudo. ¡Si vieras lo ridículo que estás! Vamos, voy a ponerte esta túnica.

CORO DE VIEJOS

En esto tenéis razón, por vida mía; me la quité en aquel arrebató de cólera.

CORO DE MUJERES

Ahora siquiera tienes facha de hombre, y no haces reír. Si no me hubieras enojado tanto, te sacaría también un animalito que tienes en el ojo.

CORO DE VIEJOS

Sin duda era eso lo que me mortificaba. Toma este anillo; saca el insecto y enséñamelo. Me pica en el ojo hace un buen rato.

CORO DE MUJERES

Lo haré, aunque eres el hombre más gruñón... ¡Oh, Júpiter, qué enorme mosquito! ¿Lo ves? Debe ser de Tricoriso (103).

CORO DE VIEJOS

¡Ah, qué alivio te debo! Me estaba abriendo un pozo; así es que en cuanto lo has sacado, me fluyen lágrimas en abundancia.

(103) Demo del Ática, rodeado de bosques y pantanos. Sus mosquitos, a lo que parece, eran de marca mayor.

CORO DE MUJERES

Aunque eres muy bribón, yo te las enjugaré, y además te daré un beso.

CORO DE VIEJOS

No me beses.

CORO DE MUJERES

Quieras o no.

CORO DE VIEJOS

¡Mala peste os lleve! ¿Habrase visto qué zalamerías son? Con razón se dice: "Ni con esas perversas, ni sin esas perversas." Pero hagamos las paces, y convengamos en no causarnos en adelante ningún mal; ni nosotros a vosotras, ni vosotras a nosotros. Sancionemos nuestra amistad uniendo nuestros cantos.

CORO DE MUJERES

No pretendemos, ciudadanos, hablar mal de ninguno de vosotros; al contrario, os deseamos y haremos todo género de beneficios; que para males, los presentes bastan (104). Acuda a nosotras todo hombre o mujer que necesite dinero, y recibirá tres minas, pues adentro hay oro en abundancia, y nosotras también tenemos bolsa. Y si la paz llega a hacerse, nadie tendrá que devolver la cantidad recibida. Hemos convidado a cenar a unos caristios (105), personas buenas y valientes; tenemos puches y un lechoncillo, recientemente inmolado, cuya carne será tierna y sabrosa. Venid, pues, hoy a mi morada, y venid pronto, después del baño, vosotros y vuestros hijos; entrad sin preguntar por nadie; seguid todo derecho, como en vuestra casa, sin reparo alguno, porque la puerta estará... cerrada.

CORO DE VIEJOS

Ahí vienen los embajadores espartanos, pisándose

(104) Nueva alusión a las derrotas en Sicilia y a la de Eritrea.

(105) Habitantes de Caristio en Eubea, que tenían fama de malas costumbres.

las barbas; parece que traen una gamella colgada a la cintura. ¡Salud, en primer lugar, lacedemonios!, y en segundo, decidnos qué tal os encontráis.

UN LACEDEMONIO

¿Qué necesidad hay de largos discursos? Mirad y ved.

CORO DE VIEJOS

¡Oh!, el mal toma serias proporciones y va cada vez a peor.

EL LACEDEMONIO

Es indecible. ¿A qué hablar más? Venga cualquiera, y ajustemos la paz a cualquier precio.

CORO DE VIEJOS (106).

Atqui et istos conspicor indigenas, tamquam luctatores a ventre rejicientes vestes, ita ut athleticum quid hic morbus videatur.

EL ATENIENSE

Quis indicet nobis Lysistratam, ubi sit? nam viri adsumus et nos hujuscemodi.

(106) CORO DE VIEJOS.—Ya nos parece divisar a esos indígenas que, con gesto de luchadores, deslizan sus vestiduras, cintura abajo. No hay duda que el vicio es algo como un juego atlético. ATEN.—¿Quién habrá por ahí que nos diga dónde se encuentra Lisístrata? Verdaderamente aquí estamos también nosotros, que somos tan hombres como los demás. CORO.—Un deseo arrastra a otro. ¿Será posible que a tan temprana hora os encontréis así excitados? ATEN.—¡Por Hércules! ¿Quién podrá dominar estos impulsos? Si algún ocio o distracción no nos hace olvidarlos, será difícil evitar que atacemos a Clístenes. CORO.—Sed juiciosos y poneos vuestras vestiduras, para que ninguno de los viandantes pueda sorprenderos de esa forma. ATEN.—Discreto es vuestro juicio, ¡por Júpiter! LAC.—¡Por Cástor! Nos han convencido vuestras palabras. Vistámonos. ATENIENSE.—¡Enhorabuena, lacedemonios, que ya era deshonesto lo que nos estaba ocurriendo. LAC.—¡Oh querido! Mal lo hubiésemos pasado, de haber sido sorprendidos por esos viandantes con nuestras armas enhiestas.

CORO DE VIEJOS

Et alter hic morbus alteri congruit. Numquid mane tentigo vos capit?

EL ATENIENSE

Immo hercle perimus, dum hoc experimur. Quare, nisi pacem inter nos quis ocius conciliet, fieri non poterit, quin Clisthenem futuamus.

CORO DE VIEJOS

Si sapitis, vestes sumetis, ut nequis eorum, qui Hermos truncant, vos videat.

EL ATENIENSE

Recte, ita me Jupiter amet, autumas.

EL LACEDEMONIO

Ita me Castores, recte omnino. Agedum amiciamur.

EL ATENIENSE

Salvete, o Lacones: turpe est, quod nobis accidit.

EL LACEDEMONIO

O carissime, male utique nobis fuisset, si vidissent isti viri mentulas nostras erectas.

EL ATENIENSE

¡Ea, lacedemonios, hablemos con franqueza! ¿A qué habéis venido?

EL LACEDEMONIO

A tratar de la paz.

EL ATENIENSE

Muy bien; nosotros, a lo mismo. Mas, ¿por qué no llamamos a Lisístrata? Es la única que puede arreglarnos.

EL LACEDEMONIO

Bueno; y si quieres, también a Lisítrato.

CORO DE VIEJOS

Es inútil llamarla; sin duda os ha oído, y sale. ¡Salud, mujer esforzadísima! Llegó la ocasión de mostrarte valiente o tímida, buena o mala, severa o indulgente, sencilla o astuta. Los principales griegos, seducidos por tus encantos, se confían a ti y esperan que des fin a sus agravios.

LISÍSTRATA

No es cosa difícil, mientras su situación no les arrastre a excesos nefandos. Pronto lo sabré. ¿Dónde está la paz? (107). Tráeme primero a los lacedemonios, cogiéndoles de la mano, sin dureza ni altivez, y sin aquella grosería con la cual les recibían nuestros esposos (108); al contrario, muéstrales esa afabilidad adorno de la mujer. Si se niegan a Jarte la mano, cógelos por otra parte (109). Tráeme asimismo a los atenienses cogiéndoles por donde quieras. Lacedemonios, colocaos junto a mí; vosotros, atenienses, a este lado; ahora prestadme atención. No soy más que una mujer, pero tengo sentido común; la naturaleza me dotó de un criterio claro, que las lecciones de mi padre y de otros ancianos acertaron a desenvolver. Quiero principiar por echaros en rostro faltas comunes a entrambos y censurables con sobra de razón. Vosotros, que en Olimpia, en las Termópilas, en Delfos, ¡cuántos lugares pudiera citar si quisiera extenderme!, rociáis los mismos altares con igual agua lustral, y formáis una sola familia ante los bárbaros enemigos, arruináis ahora con desoladora guerra la Grecia y sus ciudades. Esto es lo primero que tenía que deciros.

(107) Literalmente, convención, tratado, personificada como Opora, Teoría, etc.

(108) Cuando el negocio de Pilos, principalmente.

(109) *Mentula prehensum duc.*

EL ATENIENSE

Y a mí me mata el deseo.

LISÍSTRATA

Ahora, lacedemonios, me dirijo a vosotros en particular. ¿No os acordáis de cuando el espartano Pericles (110) llegó suplicante al pie de nuestras aras, pálido, vestido de púrpura (111), pidiendo a los atenienses tropas auxiliares? Porque entonces la Mesenia os apuraba, y Neptuno estremecía vuestra tierra (112). Cimon partió con cuatro mil soldados, y salvó a Lacedemonia. ¡Y después de tales beneficios devastáis los campos de vuestros libertadores!

EL ATENIENSE

Sí, Lisístrata, obraron mal.

EL LACEDEMONIO

Obramos mal; pero es indecible la belleza de esto (113).

LISÍSTRATA

¿Creéis atenienses, que os voy a absolver de toda culpa? ¿No recordáis que también los lacedemonios, cuando vestíais la túnica de esclavos, vinieron en armas, mataron gran número de tesalios y de amigos y partidarios de Hípias, y fueron los únicos que en aquel memorable día os devolvieron la libertad y cambiaron vuestra túnica servil por el manto de ciudadanos? (114).

(110) Tucídides, I, 102.

(111) El traje militar de los lacedemonios era de color de púrpura.

(112) Se refiere a un terremoto y a una sublevación de los mesenios e hilotas. (Tucídides, id.)

(113) Procaz alusión.

(114) Hípias, hijo de Pisítrato, mandó a una multitud de atenienses desocupados a cultivar las tierras, obligándolos a vestirse la túnica corta de los esclavos para que la vergüenza les impidiera volver a la ciudad.

EL LACEDEMONIO

No he visto mujer más hermosa.

EL ATENIENSE

Yo tampoco.

LISÍSTRATA

Debiéndoos mutuamente tantos y tan preclaros beneficios, ¿por qué os hacéis la guerra, y no desistís de vuestros rencores? ¿Por qué no os reconciliáis? Decid, ¿quién os lo impide?

EL LACEDEMONIO

Nosotros ya queremos, si se nos devuelve nuestro baluarte.

LISÍSTRATA

¿Cuál, amigo?

EL LACEDEMONIO

Pilos, que reclamamos y apetecemos hace tiempo.

EL ATENIENSE

¡Por Neptuno! Nunca lo conseguiréis.

LISÍSTRATA

Cedédselo, amigos míos.

EL ATENIENSE

Entonces, ¿dónde promoveremos alborotos?

LISÍSTRATA

Exigid otra plaza en cambio.

EL ATENIENSE

Bueno; dadnos Equinonte, el golfo Maliense que la baña y los muros de Megara, parecidos a dos piernas.

EL LACEDEMONIO

No, querido mío; no todo eso.

LISÍSTRATA

Conveníós; no disputéis por dos piernas.

EL ATENIENSE

Yo estoy deseando desnudarme y arar mis tierras.

EL LACEDEMONIO

Y yo, abonarlas primero (115).

LISÍSTRATA

En cuanto se ajuste la paz haréis todo eso. Si la deseáis, deliberad sobre el asunto y partid a comunicar vuestra resolución a los aliados.

EL ATENIENSE

¿A qué aliados, amiga mía? Nuestra situación es insostenible. ¿Crees que a nuestros aliados no les pasará lo mismo?

EL LACEDEMONIO

A los míos, sí.

EL ATENIENSE

Pues no digo nada a los caristios (116).

LISÍSTRATA

Perfectamente. Ahora purificaos para que las mujeres os recibamos en la ciudadela y vaciemos en obsequio vuestro nuestras cestas. Juraos mutua fidelidad; después, cada uno recobrará su esposa y se marchará con ella.

EL ATENIENSE

Vamos a prisa.

EL LACEDEMONIO

Llévame a donde quieras.

(115) Hay muchos equívocos en el texto.

(116) Alusión a sus disolutas costumbres.

EL ATENIENSE

Sí, sí, volando.

CORO DE MUJERES

Tapices bordados, túnicas preciosas, vestidos rozagantes, vasos de oro, todo cuanto tengo os lo ofrezco de buena voluntad, para que lo lleven vuestros hijos, o vuestra hija, si llega a ser canéfora. A todos os digo que dispongáis de mis riquezas y cojáis en mi casa cuanto os agrade; de todo, por bien sellado que se encuentre, podéis apoderaros, rompiendo su cerradura. Mas, por mucho que miréis, no veréis nada, a menos de que vuestros ojos sean más perspicaces que los míos. El que no tenga comida para sus esclavos o numerosa prole, encontrará en mi casa trigo molido y un enorme pan de un quénice. Todos los pobres pueden acudir a mí con sacos y alforjas para recibir granos. Manes, mi esclavo, se lo dará. Sin embargo, que nadie se acerque a mi puerta; cuidado con el perro.

UN CURIOSO

Abre la puerta.

UN CRIADO

Retírate. ¿Qué hacéis vosotros ahí? ¿Queréis que os abra con esta lámpara? ¡Qué gente tan molesta!

EL CURIOSO

No me retiraré.

EL CRIADO

Bueno; ya que os empeñáis nos aguantaremos aquí.

EL CURIOSO

Y nosotros nos aguantaremos contigo.

EL CRIADO

¡Ah! ¿No os vais? Vuestros cabellos lo pagarán, y después pondréis el grito en el cielo. ¿No os vais, para que los lacedemonios se marchen en paz después del festín?

EL ATENIENSE

Nunca he visto un banquete semejante. Los lacedemonios estaban encantadores; y nosotros, después de beber, discretísimos.

CORO DE VIEJOS

Tienes razón, porque en ayunas desvariamos. Por lo cual, si los atenienses me creyesen, deberíamos de ir siempre beodos a todas las embajadas. ¿Entramos sin beber en Lacedemonia? Pues ya sólo buscamos motivos de discordia; no oímos lo que se nos dice; lo que no se nos dice nos inspira sospecha, y al dar cuenta de lo ocurrido desnaturalizamos los hechos. Pero hoy estábamos de tan buen talante, que si hubiesen cantado el escolio de Telamón (117) en vez del de Clitágoras, hubiéramos aplaudido, dispuestos al perjurio.

EL CRIADO

¿Ya vuelven otra vez? ¡Largo de aquí, grandísimos desollados!

EL CURIOSO

Por fin salen los convidados.

EL LACEDEMONIO

Queridísimo amigo, coge las flautas para que yo baile y cante en honor de los atenienses y de nosotros mismos.

EL ATENIENSE

Sí, coge las flautas por todos los dioses; nada me divertirá tanto como el verte bailar.

CORO DE LACEDEMONIOS

Inspira, ¡oh Mnemosine! (118), a estos jóvenes y a mi Musa, sabedora de nuestras ilustres hazañas y de las de

(117) Canción guerrera, inoportuna en un banquete para solemnizar la paz.

(118) Madre de las musas.

los atenienses, que junto a Artemiso (119) con ímpetu de dioses se lanzaron sobre los bajeles enemigos y derrotaron a los Medas. Leónidas nos llevaba como jabalíes que han aguzado sus colmillos; copiosa espuma cubría nuestros labios y corría por todo nuestro cuerpo. Porque los persas eran numerosos como las arenas del mar. ¡Cazadora Diana, señora de las selvas, virgen celestial, ven y patrocina nuestra alianza! ¡Que en adelante nos ligue una amistad fraternal, jamás rota por la perfidia. ¡Senos propicia, doncella cazadora!

LISÍSTRATA

¡Ea!, ya que todo lo demás ha terminado tan felizmente, lacedemonios, llevaos vuestras mujeres; y vosotros, atenienses, las vuestras; que el esposo esté junto a su esposa y la esposa junto a su esposo; y en celebridad de tan feliz suceso, dancemos en honor de los dioses y evitemos las reincidencias.

CORO DE ATENIENSES

¡Que se presente el coro! ¡Que aparezcan las Gracias! Invocad a Diana, invocad a su hermano, el benéfico peán, director de las danzas; invocad al dios de Nisa (120), cuyos ojos centellean al fijarse en las Ménades; invocad a Júpiter, el de coruscante rayo; a su veneranda esposa y a todas las deidades, eternos testigos de esta paz ajustada bajo los auspicios de Venus. ¡Io! ¡Io! Peán, ¡bailad! ¡Io! ¡Io! Saltad como para celebrar una victoria. ¡Evoé! ¡Evoé! lacedemonio, entona un nuevo canto.

CORO DE LACEDEMONIOS

Desciende otra vez del amable Taigeto, Musa lacedemonia, y ven a celebrar conmigo al Amicleo (121)

(119) Promontorio de Eubea, junto al cual los atenienses derrotaron a Jerjes.

(120) Baco.

(121) Sobrenombre de Apolo, por el magnífico templo que le consagró Amiclas, hijo de Lacedemón, en la orilla derecha del Eurotas, cerca de Esparta.

Apolo, a Minerva Calcieca (122) y a los fuertes Tindáridas (123) que se ejercitan en la margen del Eurotas (124). ¡Oh!, ven, tiende hacia mí tu rápido vuelo, y cantemos a Esparta, amante de los sagrados coros y gallardas danzas que junto al Eurotas ejecutan sus doncellas, saltando con la agilidad de jóvenes corceles, hiriendo el suelo con ligero pie, y, a modo de tirsíferas Bacantes, soltando al viento la destrenzada cabellera. La casta hija de Leda (125) las precede radiante de hermosura. ¡Ea!, sujeta con una cinta tus flotantes cabellos, y salta como ligera cierva; arranca esos aplausos que animan los coros, y celebra a Palas, la más fuerte y guerrera de las diosas.

(122) Sobrenombre tomado del templo con puertas de bronce que Minerva tenía en Eubea.

(123) Cástor y Pólux.

(124) Río que pasaba por Esparta.

(125) Diana y no Helena, pues ésta ni fué diosa ni casta.

FIN DE
"LISÍSTRATA"

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP